

de la frase melódica, la claridad de propósito y la energía de la palabra hablada, formando en su conjunto la expresión más alta de que puede estar revestido el sentimiento dramático.

Para que las obras concebidas según este sistema produzcan efecto sobre las masas, es preciso que éstas reciban con ingenuidad las impresiones que de la acción dramática se desprenden, ó suplan con su cultura lo que les falte de verdadero espíritu poético. Si el público tiene la preocupación de que ya á oír música de formas fácilmente comprensibles á su inteligencia, siente pereza espiritual de prepararse con recogimiento á recibir la verdadera emoción estética y se ve defraudado en su esperanza de placeres frívolos al encontrarse con que necesita abstraerse en la comprensión de la acción dramática para percibir la belleza de lo que escucha.

Así ha sucedido hace pocas noches en el estreno de *La Cortijera*. En aquella acción, que tiene por personajes toreros y gañanes y por fondo las abruptas estribaciones de la serranía de Ronda, creyó el público adivinar que dominaría lo pintoresco sobre lo pasional, lo divertido sobre lo patético, y al encontrarse defraudado en su prejuicio, prefirió protestar á hacer, como era lógico, un cambio de postura... mental. En cuanto apareció en el final *segundo* con el canto á la luna el elemento poético de la acción, el público se desvió de ella, y después de haber aplaudido con entusiasmo todo cuanto en lo anterior había de color luminoso y saliente, no supo recogerse para sentir toda la melancólica poesía de la noche de San Juan ó la crueldad desdenosa hacia la mujer perjura con que completa su trágica venganza el amante burlado.

Precisamente, la mayor belleza del libro de *La Cortijera*, está, ante todo y sobre todo, en el contraste que ofrece la desventura de los que á puñaladas se disputan el amor de una mala mujer, con la alegría de quienes cantan su dicha en el misterio de la noche, y tan ahitos de vino como ávidos de placer, pasean su pasión colmada entre hogueras cuyas llamas se extinguen antes que sus ansias y son menos ardorosas que sus besos. Este contraste se manifiesta en todas las escenas de *La Cortijera*, viéndose, junto á la infelicidad de los que tienen que desconfiar de la amistad y del amor, no sólo la íntima ventura de Carmela y de su novio, que únicamente anhelan los goces santos del hogar, sino el cariño de los viejos, quienes, en la satisfacción de su larga vida de matrimonio sin nubes, se complacen en evocar los recuerdos de la juventud lejana. Hasta la ternura sensual, que, como arrancada de una bucólica griega me alegremente á los campesinos y á las mozas de la serranía, parece hablar otro lenguaje que la pasión burlada de Rafael, que la ingratitude de Manuel, que el perjurio de Rosario. La alegría y el cariño se manifiestan cantando; los celos, la traición y la liviandad se mueven con ruido sordo y amenazador, como agua que calladamente socaba la roca antes de producir el hundimiento.

Esta hermosa oposición de situaciones y caracteres, tan poéticamente sentada por los señores Dicenta y Paso, ha sido puesta de relieve por el señor Chapí con tal persistencia y fortuna, que en todos los números de la partitura aparece y domina. Así, por ejemplo, en el cuarteto del segundo acto, sobre el mismo delicado tejido melódico de la orquesta, lleno de gracia y de frescura, hay absoluta diferencia entre las frases tiernas y ligeras que se cruzan entre Carmela y su novio, y las de Rosario y su amante, en las cuales domina el sentimiento poderoso y reconcentrado de una pasión honda y perturbadora; así, en las breves frases que dicen los mismos en el número del *encierro*; así, por fin, en las que preceden á la entrada del coro en el admirable concertante del canto á la luna.

He de hacer notar aquí, aunque sólo sea de pasada, una dificultad particular que ofrecía la pintura musical del carácter de Rosario. En él, no hay exaltación apasionada de llama amorosa, sino, antes bien, cálculo, recelo, traición, reserva, zozobra, mezclado todo á la certidumbre de que para los sentidos ajenos es incentivo poderoso la propia hermosura. Pues bien, esta liviandad sombría y calculadora del carácter de Rosario ha sido tan admirablemente sentida por el compositor, que apenas puede concebirse modo más afortunado de darle forma. Tanto sus frases del primer dúo con Manuel, como su *romanza* (cuya letra está formada por una serie de quintillas) como cuanto canta en el cuarteto y en el *final segundo*, tienen el sello de energía reconcentrada, no exenta de frialdad reflexiva, con que los autores del libro han caracterizado á la Cortijera. Fácil hubiera sido para el señor Chapí, de no ser él tan gran artista, escribir una *romanza* brillante, acudiendo á la cuadratura y relieve de la melodía de que antes hablé, y con ella hubiera obtenido seguros aplausos. Pero su sinceridad de autor dramático le ha alejado de ese fácil triunfo, prefiriendo la sanción de los menos á falsear de manera tan notoria el carácter de la protagonista.

Chapí, por sólo su convicción íntima y su sinceridad artística, no sigue los procedimientos ridículos de otros compositores que en cada pieza, y aun dentro de ellas en cada frase, buscan la separación y el aislamiento de la melodía, para obtener por ese medio poco artístico y menos honrado la aprobación del público, y señalarle, sin dar lugar á vacilación ninguna, el momento favorable para el aplauso. Lejos de eso, Chapí, con la conciencia (según la exacta frase de Wagner) de su dignidad de compositor dramático, une y enlaza en su música todo cuanto debe unirse y enlazarse en la acción, atendiendo, al propio tiempo que á la lógica de la situación, á la exactitud prosódica de lo que se canta y á la propiedad en los movimientos dramáticos de la orquesta.

También es verdaderamente asombrosa la abnegación con que el Sr. Chapí desvía y atenúa los aplausos ó resiste á la tentación de obtenerlos, cuando hace que las odas con que terminan muchos números de su obra vayan disminuyendo en la orquesta y se pierdan en tenues sonidos sobre los cuales comienza el diálogo. Ignoro hasta qué punto sabe el público apreciar esta delicadeza y esta modestia; por mi parte creo que todo elogio es pequeño para quien de tal modo y con tanto valor renuncia á los que por este y otros muchos conceptos le son debidos.

En las líneas anteriores quedan ligeramente apuntadas en conjunto las causas de que, á mi juicio, no haya acertado el público y la crítica á apreciar en su valor las bellezas, tanto literarias como musicales de *La Cortijera*. En ellas van también expresados los fundamentos de mi admiración hacia esta obra. Dejo para otro día hacer un estudio detallado de su estructura, ya que por la extensión que ha tomado este artículo había de faltarle hoy espacio en las columnas del periódico y acaso también paciencia en sus lectores.

MANUEL MANRIQUE DE LARA

LAS ABULENSES

Digo que las mujeres de la tierra de Avila son, en la hechura corporal, hermosas; las que tienen la tez blanca y rubio el cabello, delicadas, dulces, candidas y tímidas, y las que tienen moreno rostro y son polinegras, tan agraciadas como las hijas de Andalucía. Así la ciudadana como la campesina, precíanse de honestas; dignas hijas de aquella noble matrona Jimena Blázquez que, armada de casco y peto, espada y lanza, formó con otras damas un ejército para defender del moro la ciudad de Avila.

Para el amor románticas, las abulenses son como la fiel enamorada del caballero del castillo de *Aunque os pese la veré*. Delicia causa oír las hablar el armonioso castellano, tanto á la dama como á la campesina, pues sin extrañas composturas ni artificios, el decir de unas y otras es apropiado, claro y lleno de entonada majestad. Su hablar es mesurado, su juicio sentencioso. Enseñanza de lenguaje puro, castizo y bello son los libros de su paisano el inmortal maestro San Juan de la Cruz, de lengua en lengua repetidos sus versos y su prosa; así el pensamiento de la mujer abulense es sesudo ó iluminado por la fe de aquella nuestra paisana, portento de inspiración, gloria de las letras, orgullo de España y astro luciente de la iglesia Santa Teresa de Jesús.

¿Dónde va el amanajico de flores? Va á la danza de los aflileres. Vedla: sale ya engalanada de la iglesia, y ya con las medias rojas de las casadas. Cuantos con la novia quieren danzar, en el vestido de ésta habrán de llevar con un afliler la gala ó regalo de boda.

¡Ah, que ya hubo amante desairado que, ciego de celos, clavó un puñal en el corazón de la altiva desdenosa!

¿Dónde va esa otra moza, en el asuelo, con el ancho sombrero de paja? A la feria de la Moraña, á bailar las «habas verdes», dando el motino en los solos del baile, al són de la cantinela:

Mírame bien,
mírame bien
la cara y el cuerpo
y la punta del pie.

Tal vez la halléis en el Cubillo, con un cirio en la mano, orando ante la Virgen de los Pastores.

Tierra severa de cantos y sonetos, terruños donde saltan y revolotean, moviendo su colita, las alondras mohudas de caperuza, ó caperuzonas. En ti se crían las serranas de sonrosados colores, y las lindas mozas del Valle-Ambles, blancas como azucenas; mujeres en cuyos refajos sigue ostentándose el profuso bordado de los trajes del señorío de otros tiempos, y en cuyos sombreros de pluma y mantos de abalorios se conserva el lujo de las damas y de las reinas castellanas. En ti se crían las mujeres prudentes; cuando mozas, amasadoras, segadoras, bordadoras y amantes; y cuando ancianas, devotas de seguras creencias y licenciosas, que dejan el rosario para tomar las agujas de hacer media, y aun la venerable ruceta; jóvenes risueñas y constantes, inspirando fe en lo porvenir al enamorado galán; viejas, creyentes y abismadas en el recuerdo de otros tiempos que, como leyenda mágica, temblorosamente repiten al amor de la lumbre á los nietos, para infundirles santa veneración por el pasado.

Como la peonía regada por agua purísima y criada al aire libre, la abulense jamás perderá ni el perfume, ni el color que mana de la rica esencia de su alma castellana.

JOSÉ ZAHONERO

LOS CÁRMENES GRANADINOS

Asoman por las tapias del cercado, con sus palas punzantes, las chumberas; entretejen sus hojas las higueras con las hojas oscuras del granado;

bajo el toldo que forma un emparrado y en sus pintadas jaulas prisioneras, dan al aire mil trinos las palerías aves, con su concierto delicado.

Sobre el muro, en rojizos macetones, olorosos claveles reventones se doblan bajo el sol resplandeciente.

Rodean el brocal del frasco aljibe los tiestos de albahaca y se percibe grato rumor de misteriosa fuente...

MANUEL LASSA Y NUÑO

RESPUESTA FIN DE SIGLO

(DRAMA EN UNA ESCENA)

Gabinete lujoso y elegante. Decorado y mueblaje revelan la unión de la esplendidez y del buen gusto. En las rinconeras y vitrinas mil encantadores muñequitos; encima de una mesita forrada de terciopelo varios libros franceses.

Tal es el gabinete de la Marquesa de Amorés, Condesa de Villa-Lucía y Baronesa de Fortalans. Esta se halla indolentemente recostada en una *chaise-longue*, entreteniéndose en contemplar las espaldas de humo de su cigarrillo color de rosa, hasta que unos golpes dados en la puerta y una voz que pregunta: ¿Puedo entrar?, le hacen salir de su abstracción. La Marquesa da su permiso, y entra en aquel bello recinto, un hombre joven, de unos treinta y cinco años, fuerte, gaupio y elegantísimo; es el Sr. Marqués de Amorés, Conde de Villa-Lucía y Barón de Fortalans.

Marqués.—Perdona, Clara, que haya venido á molestarte á estas horas...

Marquesa (con indiferencia).—Tú nunca molestas, bien lo sabes; al contrario, te agradezco esta visita, pues estoy muy nerviosa porque la modista no me ha traído el traje para esta noche, y me entretendrás con tu conversación un poco de tiempo...

Marqués.—¿Sólo un poco de tiempo? es verdad, en cuanto estamos juntos algo más de lo de costumbre demuestras que te canso, que te hastío...

Marquesa.—¡Oh! no...

Marqués.—Sí; y no te culpo por ello: eso ocurrirá en todos los matrimonios que no tengan por base el amor. Tú no me quieres; ¿qué extraño que te aburra á los pocos momentos de estar á tu lado? Ni siquiera me tienes aprecio.

Marquesa.—Te engañas; te aprecio y te respeto... (Al ver que el Marqués no responde.) ¿Qué? no es así.

Marqués.—Que me aprecias no es cierto; te soy completamente indiferente... En cuanto al respeto... Mira, Clara, perdóname la dureza de mis palabras, pero yo creo que no me respetas!

Marquesa (con altivez).—¿Que no? ¿Qué tienes que decir de mí?

(Pausa.)

Marqués.—Entiendo yo que hay dos maneras de faltar á los maridos: una la material, la que llega á los oídos de todo el mundo, la que hace vengarse al esposo ultrajado lavando con sangre su deshonra; otra moral, por decirlo así, que se manifiesta con coqueteos, con sonrisas; dando oídos á los galanteadores aunque no se caiga en sus redes, no mostrando cariño al marido, procurando huir su conversacion y su trato... ¿De este modo me faltas tú, Clara; por esto no me respetas!

Marquesa.—Eso es, llámame coqueta y acabas antes.

Marqués.—No quise decirte tanto; yo bien sé que la educación impone ciertas cosas que en puridad debieran no estar admitidas; pero, en fin, Clara, bien se nota en ti que te agrada que te adoren, que te mimen, que te lisonjeen.

Marquesa (riendo).—Hijo, á nadie le amarga un dulce.

Marqués.—¡A mí! A mí me amargan esos dulces que tú saboreas.

Marquesa (con burla).—No estarás bien del paladar.

Marqués (con dureza).—Pero estoy bien de otras cosas.

Marquesa.—Bueno, no te pongas feroche.

Marqués.—¿Te asusto?

Marquesa (con desdén).—Bien sabes que no. (Pausa.)

Marqués.—Ves, ya tomaba mal giro nuestra conversacion; pero estoy decidido; hoy no regañamos; vengo de paz y te suplico que te calmes y me escuches, porque tenemos que hablar.

(El Marqués dice estas palabras como avergonzado, en tono muy humilde.)

Marquesa.—Me alegro que vengas así, porque me cansan las reyertas. Además, es de mal gusto dar voces, y á mí me sientan los regaños muy mal: en seguida me duele la cabeza.

Marqués.—Pero ese dolor no tiene por causa la pena que te producen nuestras disensiones (con acento sentido), no, Clara, eso bien lo sabes tú! Siempre regañando, así la vida es horrible... (con ternura). Clara... ¿no te agrada que fuésemos muy felices, que nos quisiésemos mucho; que en vez de estas guerras diarias reinase en esta casa la paz, la armonía?

Marquesa.—¡Claro! á nadie le gusta regañar.

Marqués.—Pues á poca costa podemos alcanzar esa dicha... con poco que tú me quisieras...

Marquesa.—No basta para eso mi cariño, si tú no me lo tienes á mí.

Marqués.—Bien sabes que te amo, que por lo menos te amo más que tú á mí; bien sabe Dios que por mí no se alteraría la calma de nuestro hogar.

Marquesa.—Es natural; como yo nunca me quejo, como haces lo que quieres, ¿tú qué vas á decir, ni por qué vas á regañar? Y créste que la mejor conducta es esta mía; tú haces lo que quieres; yo me callo; si te callases tú también viviríamos felices, ó por lo menos tranquilos.

Marqués.—Sí, tranquilos, fríos, ceremoniosos. Eso no se aviene con mi carácter; quiero tranquilidad, calma, dicha, pero efecto de nuestro cariño, no de nuestra indiferencia.

Marquesa.—Desde hace poco tiempo siempre estás hablando del cariño que me tienes, cosa que antes en la vida me habías dicho; no sé qué mosca te habrá picado para volverte tan cariñoso. Ni de novios, ni durante la luna de miel, te has mostrado conmigo tan apasionado como ahora: ¿es que estoy más hermosa? ¿es que has hallado en mí bellezas morales que antes no habías descubierto? ¿es que estás cansado de las mujercuelas que han sido tu pasión constante?

Marqués.—¡Claro!

Marquesa.—¿Qué, ¿no es cierto? Marqués.—Fue cierto, ya no lo es (pausa). Tienes razón: antes no te hablaba como ahora te hablo; ¡torpe de mí, que he tardado tanto tiempo en comprender lo que vales! Me casé contigo porque así lo quiso mi madre, y la vida que hice en los primeros años de casado, fué igual á la que llevaría de soltero; me avergüenza el decirlo, pero la verdad es que no hacía caso de ti, que te olvidaba. Pero verás de qué proviene mi arrepentimiento. Una noche llegué á casa muy tarde, ya de madrugada; venía de donde no debía venir, y al pasar por tu cuarto oí una tos seca... me detuve y escuché; la tos volvió á sonar, creí que estarías mala, y entré en tu cuarto... ¡Estabas hermosísima, te lo juro! ¿Qué tienes?—te dije.—Nada: contestaste; te di un beso en la frente y salí. No era posible mayor indiferencia; verme de madrugada, de frae, suponiendo de dónde vendría y no reprochármelo, verio sin disgusto, era demasiado. Comprendí que te era indiferente, que acaso te diera asco, y me desprecié... y disculpé tu falta de cariño pensando que yo era indigno de merecerlo. Juré enmendarme: faltaría á la verdad si dijese que en mi determinación no entró el recordar lo bellísima que te hallabas aquella noche. Tu rostro estaba algo pálido y tus ojos, grandes y bellos, surcados por ojeras que los daban cierta expresión de tristeza; tu fina mano se extendía por las ropas del lecho, y éstas se ceñían con cariño de amante á tu cuerpo.

¡No tengo perdón de Dios, me dije, si sigo esta vida vergonzosa que llevo.

Durante varios días no hice más que fijarme en ti y compararte con las mujeres que yo conocía, y siempre saliste vencedora en la comparación... ¡Oh, es que eres preciosa! (El marqués coge la mano de su mujer y la besa apasionadamente, pausa.) Varios amigos de los que me acompañaban á mis francachelas idearon una y me invitaron... quise no ir, pero no pude; además, pensé: ¿quién sabe si mi arrepentimiento será falso, efecto de una ráfaga de amor pasajera?... Y fui á la fiesta.

Te juro por nuestra felicidad que nunca he sufrido más: á cada momento me acordaba de ti; las mujeres me parecían más groseras que nunca, los amigos más insubstanciales y frívolos. Comprendí que te amaba de veras, que mi cariño era firme y seguro.

¿Cómo descubrí en ti tales bellezas? Figúrate un caminante que todos los días pasa por un camino abrasado por el sol; á derecha ó izquierda hay árboles corpulentos que dan sombra fresca y deliciosa; pero el viajero no hace caso de aquellos oasis, y sigue, y sigue, hasta llegar al término de su viaje; un día, por ir cansado, por no tener prisa, por cualquier cosa, se sienta bajo uno de los árboles y goza de la sombra y el frescor que sus hojas envían... comprendes entonces cuánto vale lo que antes despreció, y desde aquel día no deja de hacer su paradita, y cada vez agradece más la sombra, le encanta más... y se llama mil veces tanto, por no haber descubierto antes aquella delicia.

Pues tú eres la sombra sin rival que yo hallé aquella noche que tu tos me llevó á tu cuarto, al venir del vergonzoso camino que yo seguía...

Marquesa (complacida).—No está mal, no está mal...

Marqués.—¿Cómo quieres que esté mal lo que tú inspiras? Estando á tu lado, el más vulgar se poetiza. ¿Quién al admirar esos rizos no siente deseos de cantarlos en versos admirables? (el Marqués deshace con mimo lo rizos de su esposa.)

Marquesa.—Quita, loco, ¿no ves que me despeinas?

Marqués.—¿Y qué? si estás así mejor (fijándose en una medallita que lleva al cuello la Marquesa). Pero muchacha, ahora que me fijo, ¿quién te ha regalado esta preciosidad?

Marquesa (algo ruborizada).—Tú... ¿no te acuerdas?...

Marqués.—No; es encantadora, y en que buen sitio está. ¿Me la dejas besar?

Marquesa.—¡Ya lo creo! (el Marqués hace que va á besar la medalla, pero besa el cuello de la Marquesa.) ¡Eh! que eso no era lo conveniente... pero en fin en castigo toma, (le besa en la frente).

Marqués.—¡Bendita seas! ¿ves qué bien se puede pasar la vida con cariño? Mira, yo desearía que hiciésemos un largo viaje, los dos solitos por el extranjero, ó por una provincia andaluza para conmemorar este día feliz.

Marquesa.—Ya sabes que nada me gusta como Madrid.

Marqués.—Es que además de lo poético y encantador que sería ese viaje, nos conviene...

Marquesa.—¿Qué nos conviene? (con extrañeza).

Marqués (con tristeza).—Sí, Clara... Higuera... Marquesa (haciendo un gesto de disgusto).—¿Qué?...

Marqués.—Ha venido y...

Marquesa.—Sí, lo de siempre, que no tenemos que gastar tanto, que si el lujo... ¡qué pesadez!

Marqués.—El pobre lo hace con la mejor intención: cuida con lealtad nuestros intereses; pero nosotros le pedimos dinero á toda costa, y él, claro, qué ha de hacer! lo trae, cueste lo que cueste. Desde hace años nuestro capital ha mermado considerablemente, y sin embargo, nos hemos empeñado en hacer la vida de siempre; primero se hipotecaron algunas fincas, luego hubo que venderlas, y ¡lo que pasa! de lo poco se va á lo mucho, y hoy Higuera me ha puesto al corriente de nuestra situación, que si es desahogada, en comparación con la que antes gozábamos es precaria... ya ves, de tener dos millones de reales de renta á tener treinta mil duros...

Marquesa.—¿Sólo treinta mil duros? Eso no es nada (con desprecio).

Marqués.—No te enojos, Clara; ¡el mal no es irremediable! Por eso te digo que un viaje largo al extranjero; así, un par de añitos... yo creo que levantarían algo la casa.

Marquesa.—¡Justo, y todo Madrid diría á voz en grito que estamos arruinados!

Marqués.—No tanto, mujer, tenemos lo bastante para vivir con lujo, pero no lo suficiente para seguir dando reuniones, para estrenar cada noche un traje...

Marquesa (muy nerviosa).—¿Ya salieron los trajes? ¿Por qué no economizas tú?

Marqués.—Ya he dicho á Higuera que venda de los cuatro caballos de silla, tres.

Marquesa.—Y de mis caballos... ¿qué has dispuesto?

Marqués.—Nada, hasta ahora, pero habrá que mandar que vendan algunos. Ha sido un golpe rudo el que hemos dado; Higuera dice que la Bolsa, que los réditos... yo no sé...

Marquesa.—Claro, no te has ocupado nada más que de jugar y de divertirse (el Marqués la oye con la cabeza baja, avergonzado)... No, si ya me suponía que todas esas frases me osas eran para preparar el terreno, y tenerme tierna para cuando me dijese lo que te había dicho Higuera.

Marqués.—¡Oh! no, te juro que te amo, que te idoro.

Marquesa (sin hacerle caso).—Sólo treinta mil duros... Si yo me casé contigo porque halagaba á mi vanidad más que tu nombre, tu dinero, ¿cómo quieres que vivamos felices estando en situación parecida á un burgués medianamente agomado?

Marqués.—¡Clara de mi alma!

Marquesa.—Treinta mil duros es poco para los dos, porque sólo en viajes y trajes acostumbro á gastar más.

Marqués.—Clara mía, sacrificate por mí, por nuestros hijos... (Pausa.)

Marquesa.—Hay un medio de arreglarlo todo.

Marqués.—¿Cómo?

Marquesa.—Mira, Carlos, esa renta es poco para los dos, pero es bastante para ti.

Marqués.—¿Eh, qué quieres decir con eso?

Marquesa.—Pues muy sencillo; que te gastes tú los treinta mil duros.

Marqués.—¿Y tú?

Marquesa (con cinismo).—A mí no me ha de faltar...

Marqués (irguiéndose amenazador).—¡Clara! (Siéntete una brusa sacudida en los músculos, pero se contiene. De pronto cae en una silla como anonadado y se oculta el rostro con las manos para que su esposa no vea las lágrimas que le escaldan las mejillas, reveladoras del dolor que le produce la imposibilidad de la dicha soñada...)

LUIS BRUN

ESTUDIOS SOBRE EL PROGRESO

Muchos son los medios á que puede aplicarse la iniciativa del hombre; pero como el problema de las aptitudes está aún por resolver, no siempre resulta fácil aplicar y dirigir las fuerzas de que se dispone á un objeto determinado, útil y agradable á la vez.

Sin embargo, la ilustración, los conocimientos adquiridos, la educación, en fin, labran y dotan al ser humano de una segunda naturaleza, que lo coloca en condiciones de poder llegar á la realización del ideal, del fin que se propone; á pesar de esto, no siempre llega á conseguirlo, porque los obstáculos que se oponen á su paso son, por desgracia, en determinadas ocasiones, más fuertes que su voluntad.

No soy de los que creen que querer es poder. La historia lo advierte. Es indudable que no hay acto sin que le preceda la voluntad de ejecutarlo, porque todos los actos de la vida son volitivos; pero la sola voluntad no basta para llegar á la meta que cada cual se propone.

Muchas veces sucede que residiendo en nosotros mismos, aunque sin darnos cuenta de ello, el obstáculo que hay que vencer para llegar á la realización de nuestros deseos, exteriorizamos las causas, buscándolas precisamente donde, bien estudiado el problema, quizá tan sólo halláramos facilidades que